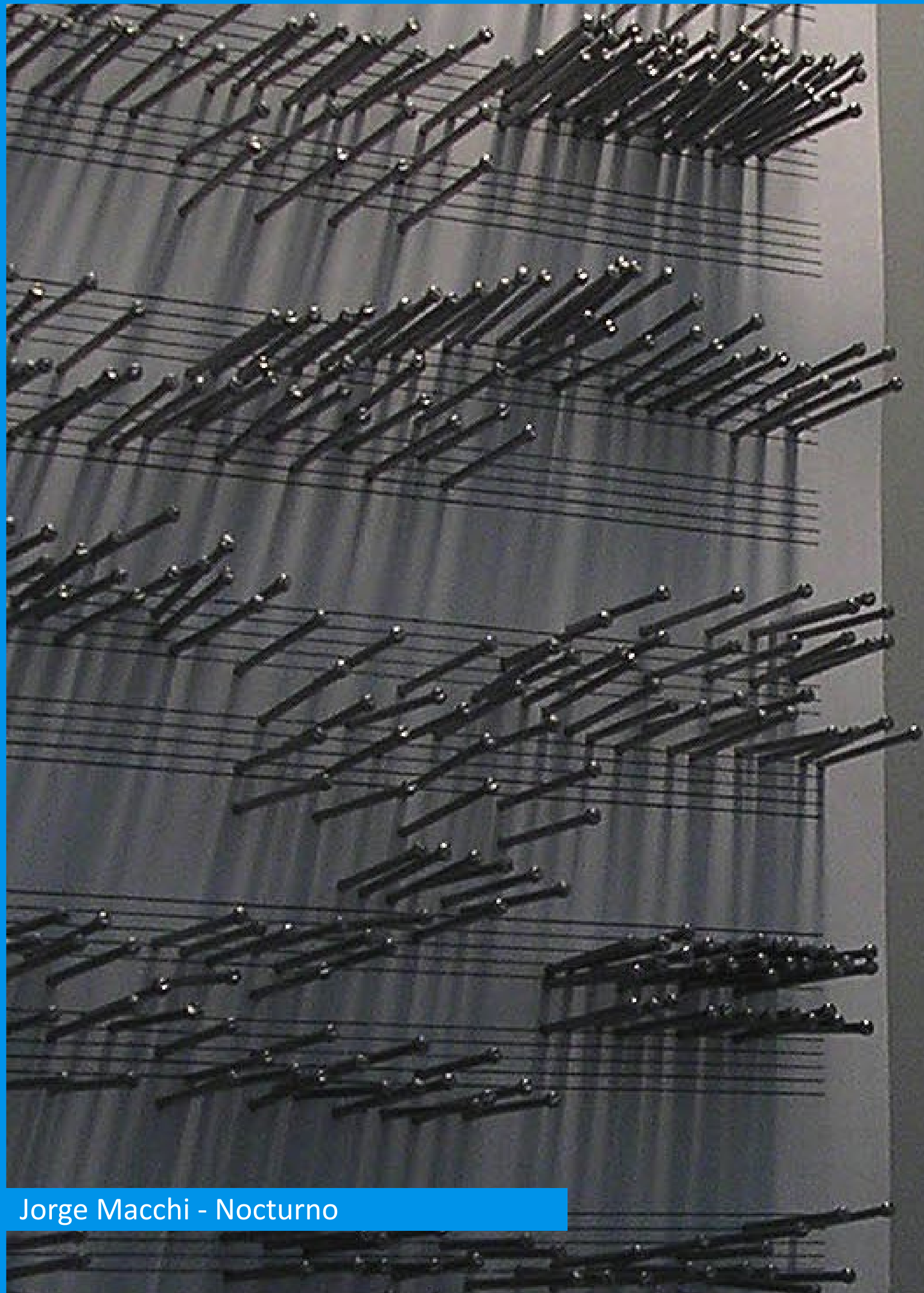
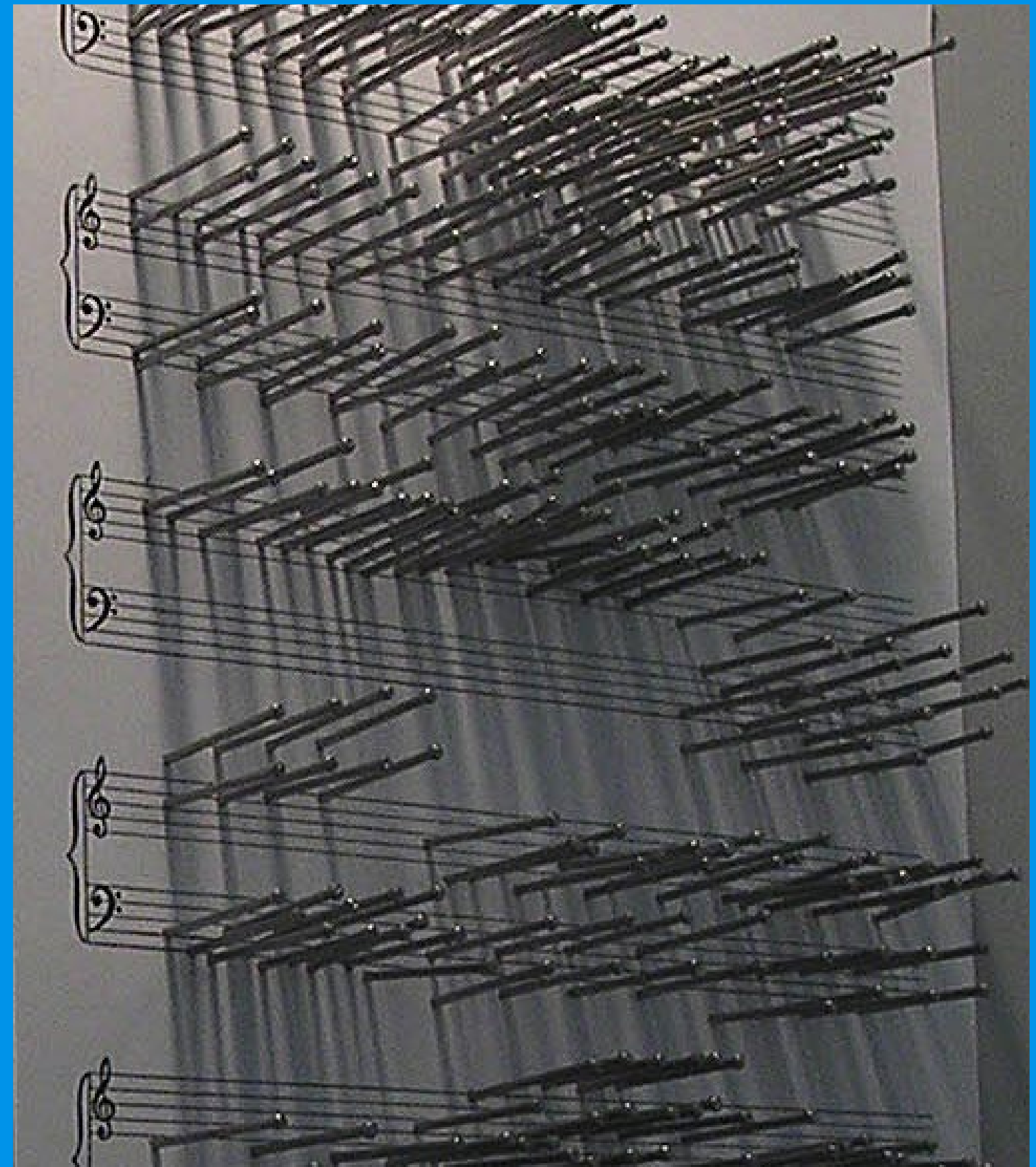
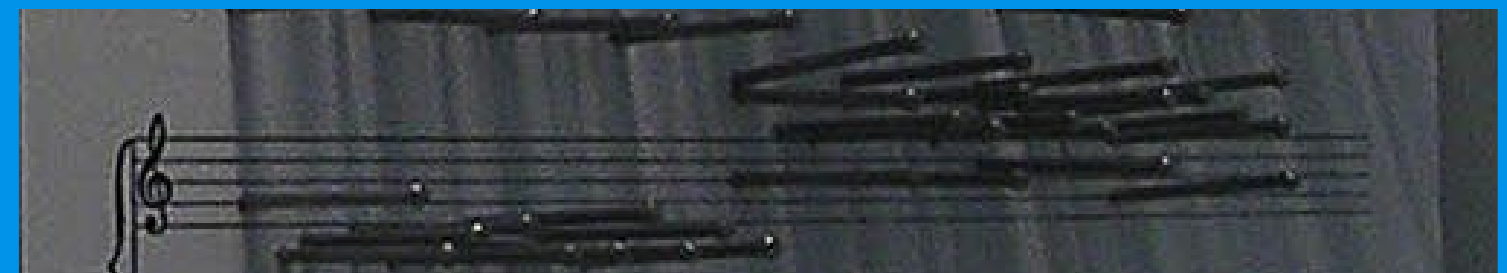


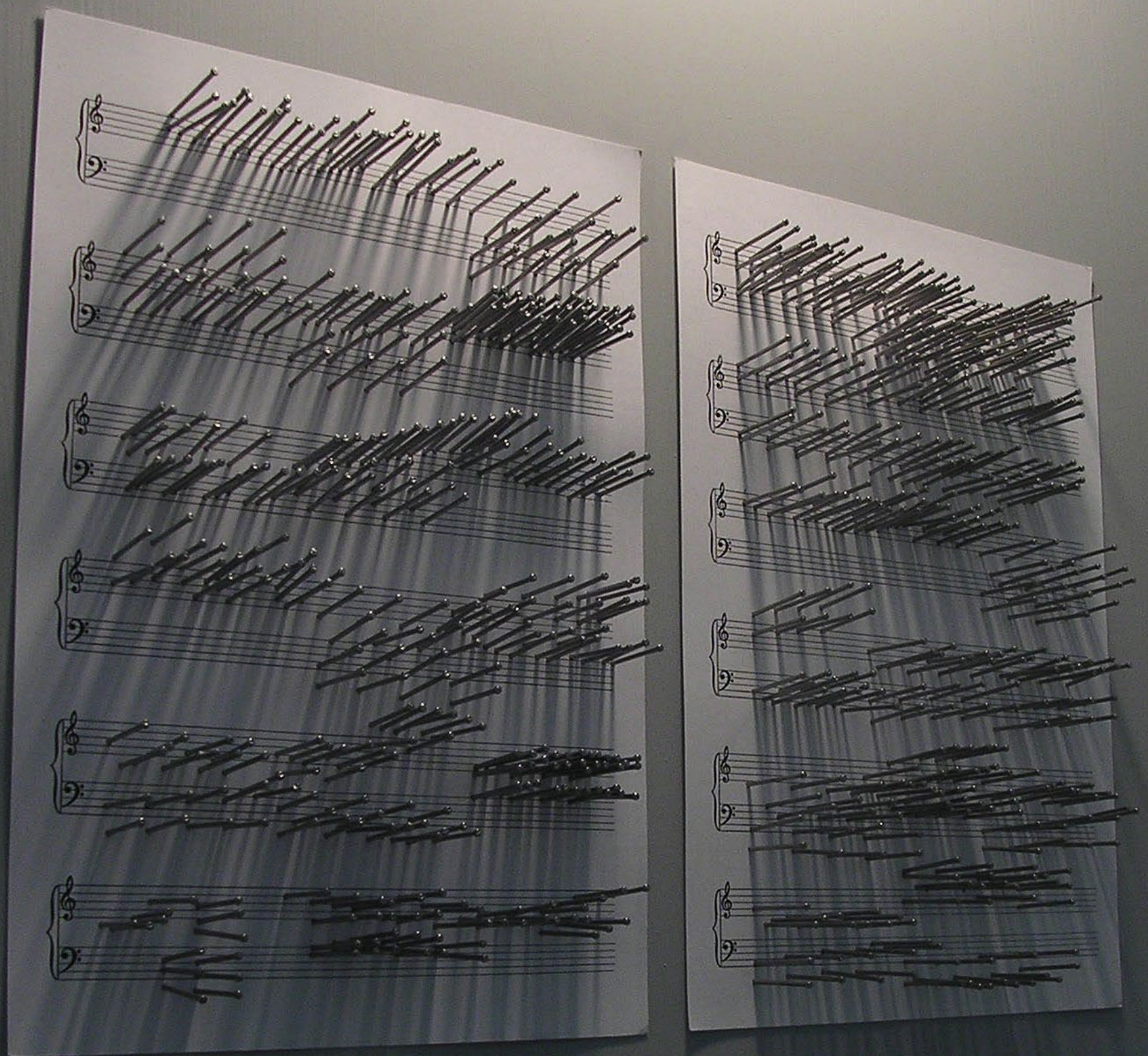


Jorge Macchi - Nocturno



EL CASO





Jorge Macchi - Nocturno

2004

Papel y clavos sobre pared.
30 x 40 x 3 cm.

Se trata siempre del sujeto en tanto que indeterminado¹ Santiago Avogadro

Cuando recibo a G. en la cigarra, llevaba puesto encima un signifi-
cante que lo nombraba e insistía: *degenerado*. Así lo significaba su madre
y así quedaban sancionadas diversas escenas donde lo sexual irrumpía
de forma desorganizada. De manera indiscriminada, G. se abalanzaba
sobre el cuerpo del otro, invadiendo y provocando una repulsión que lo
iban recortando de sus lazos por fuera de su casa.

El paso de la demanda materna (una demanda de preocupación
pero ajena a toda pregunta que la interrogara; es decir, un modo de di-
rigirse al Otro propio del discurso amo), al inicio del análisis de G. no fue
sin ubicar y señalar que estas escenas respondían a un goce materno.
Vehiculizado por la mirada, este goce llevaba la marca de la siguiente
escena: durante los primeros años del niño, su madre aceptaba las pro-
puestas sexuales del padre de G. (quien se había desentendido de la vida
de su hijo y separado de ella al momento del nacimiento) a condición de
que él viera a su hijo. Dicho de otra manera, G. se encontraba siempre en
el medio de las cuestiones sexuales de su madre.

Al comienzo de su análisis, G. acepta diversas propuestas lúdicas y
empezamos a escribir juntos las reglas de los juegos que va eligiendo. Al
momento de inicio se encontraba caído del ámbito escolar.

Frente a cualquier equivocación de su parte en algún juego siem-
pre retornaba la misma sanción: “soy tramposo”. A su vez, no había ma-
nera de hacer entrar algún orden de responsabilidad en las diversas es-
cenas donde de forma excesiva G. irrumpía sobre el cuerpo del otro. Le
propongo jugar a las cartas y de este modo empezamos a ubicar que hay
cosas que se dan a ver y otras que no.

Su inicio en los talleres fue en el taller del secreto. Al momento en

SE TRATA SIEMPRE DEL SUJETO EN TANTO QUE INDETERMINADO¹

SANTIAGO AVOGADRO

que se apaga la luz reacciona diciendo “apareció el cuco”.

Sucede la siguiente secuencia:

Terminada la sesión, su madre se acerca y empieza a hablarme sobre su hijo enfrente de él. Después de meses, había ocurrido nuevamente otra escena disruptiva entre G. y una compañera del barrio. Mientras su madre habla de él, G. cae al piso.

Al tiempo, hago pasar a la madre al consultorio para conversar. A los gritos, y desde lejos, G. amenaza: “no me vayas a buchonear”. Al entrar al consultorio, con insistencia G. me dirige la siguiente pregunta: “¿Qué te contó mi mamá?”.

La maniobra, supervisada y en parte calculada, para introducir un espacio tercero fue la siguiente:

De forma decidida le digo que hay cosas que él no quiere que su mamá cuente de él. Que parece que él prefiere que quede entre ellos dos. Ese día le propongo que escriba, es decir, que algo de eso quede cedido, en una hoja aquello que no quiere que su mamá diga. Su escritura fue el dibujo de una persona humana.

A la sesión siguiente G. enuncia al entrar: “Mi mamá dice que soy un degenerado”. Momento de separación donde el acto de decir permite dejar de ser. Pasadas dos semanas, se instala la pandemia y la cuarentena y los efectos se iban a recoger de forma virtual.

Pasadas ciertas semanas donde el desorden y la urgencia que trajo la cuarentena lograron encausarse en entrevistas con su madre, G. me deja un mensaje de voz en el chat de la cigarra preguntándome cuando lo iba a llamar. A partir de este llamado, las sesiones con G. retoman su frecuencia.

Con alegría, G. acepta las diversas propuestas. El tatetí fue soporte para empezar a construir una forma de orientarse a partir de ciertas

coordenadas simbólicas. El trabajo principal se trata de poner números a los diversos cuadrados y ubicar, cada uno en su hoja, cuáles van quedando vacíos. “Cuánta paciencia me tenés”, dice G. a lo largo de las sesiones. La posibilidad de detenerse frente a la pantalla, poder borrar y reescribir equivocaciones en su hoja sin una frustración que interrumpa la escena, es cada vez mayor. Si al momento del llamado G. se encuentra con otros o haciendo alguna actividad, apagamos las cámaras hasta que esté sentado y listo.

Una pregunta por primera vez se empieza a instalar: ¿por qué él no hace la tarea como sus hermanos? “Es que mi mamá solo hace la tarea con ellos”, me dice. **“Me porto mal en los talleres. Me da vergüenza”. Por primera vez aparece, en la vergüenza, un efecto de división donde se registra que algo de una escena quiere recortarse de la mirada del Otro.** Hablando sobre las cosas que se necesitan para hacer la tarea me pregunta: “¿En la cigarra me pueden regalar una cartuchera?”

Terminada la sesión sale corriendo antes de cortar la videollamada y me pone a su mamá enfrente de la cámara. Vía su analista, G. convoca a su madre a ocupar un lugar diferente del degenerado y el loquito.

En las siguientes sesiones me espera con una agenda que le regalaron para usar de cuaderno. Tiene también una cartuchera que le pidió prestada a su hermano.

En el taller de magia y en 0.1 G. se divierte haciendo desaparecer a su mamá y sus hermanos.

Mientras que en las sesiones G. se sienta tranquilo y solo en su habitación, su participación en los talleres es siempre en el living de la casa rodeado de la voz y la mirada de su madre y sus hermanos. Esta situación no solo lo desconcentra y lo altera, sino que no ubicaba un límite entre la intimidad de los talleres y la escena de su casa. La voz de su madre suele

aparecer por detrás, al modo de una presencia que busca pasar desapercibida para quienes estamos en taller.

El retorno de este malestar aparece de esta manera en sesión: “Me porto mal en los talleres. Me da vergüenza”. Por primera vez aparece, en la vergüenza, un efecto de división donde se registra que algo de una escena quiere recortarse de la mirada del Otro.

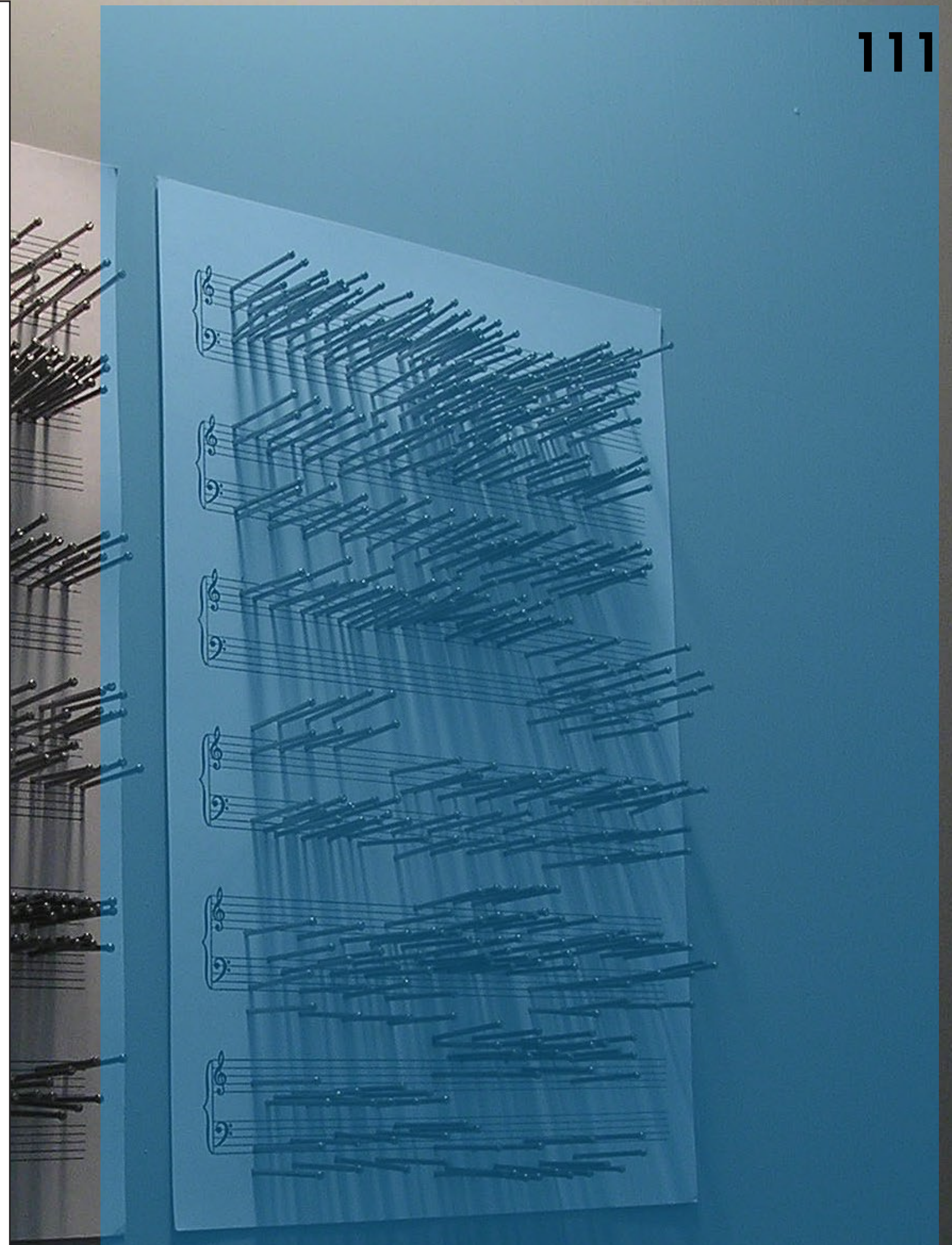
Le digo que él no se porta mal, sino que parece molesto con el ruido y las interrupciones de su casa. Le aclaro que eso no tiene que ver con él y le propongo que hablemos con su mamá para que a los talleres él también se conecte desde su habitación.

En los próximos talleres G. aparece en los talleres con auriculares. De una forma novedosa avisa que va a apagar la cámara hasta que termine de desayunar (en compañía de sus hermanos).

Si separarse de un significante que lo nombraba desde el campo del Otro permitió ocupar un lugar *entre* sus hermanos, fue durante la cuarentena donde G. puedo nombrar un malestar y de esta manera instalar un velo y la posibilidad de restarse de la mirada del Otro.

santiagoavogadro@hotmail.com

1. Trabajo presentado en la Jornada clínica 2020: dispositivos en la web.
02/12/2020.





UNA PÉRDIDA A LA MEDIDA

**A. BELÉN NEIL,
FRANCISCO CABANILLAS.**

Una pérdida a la medida A. Belén Neil, Francisco Cabanillas.

Que el analista forme parte de la defensa del autista implica la dificultad de saber cómo se llega hasta allí. A partir del curso de un análisis surgieron preguntas: ¿qué autoriza al analista a entrar en la defensa del autista? ¿existe un punto de consentimiento del sujeto? De ser así ¿es heurístico o invención?

La palabra *shibboleth* nos sirvió como herramienta para pensar posibles respuestas a los interrogantes. Se trata de una palabra de origen hebreo cuyo significado literal refiere a la parte de la planta que contiene al grano –la espiga–, que por su difícil pronunciación se utilizaba en el sentido de *santo y seña* o *contraseña* con que un grupo étnico se distinguía de otro. Consideramos la posibilidad del encuentro con el *shibboleth* –que permite abrir una puerta en la defensa autista– como un producto del *dulce forzamiento del analista*.

El caso

Después de seis meses de residencia en la Argentina Luisa es traída por su madre a una consulta individual en *la cigarra* para continuar con el tratamiento que su hija dejó en el país de origen.

Luisa tenía 10 años en ese momento y estaba escolarizada en un nivel acorde a su edad cronológica, con una currícula adaptada; logra moverse entre los otros sin auxilio de un tercero, también hablar, a condición de que no afecte su cuerpo.

Esto se comprobaba en las sesiones, espacio en donde además se observaba que para Luisa nada tenía que faltar; en sus producciones gráficas no podía quedar ningún espacio sin pintar, incluso si el dibujo del analista parecía incompleto ella intervenía para suturarlo. Siempre se ne-

gaba a dejar sus producciones. Los dibujos fueron cediendo su lugar a las palabras que relataban clases de historia y paseos junto a su madre, sin embargo, nada de esto hacía que se involucrara en su enunciación y los espacios continuaban colmados; las sesiones eran la reproducción fidedigna de una clase de historia en la que el alumno analista no tenía lugar a la participación más que de oyente.

Además, algo insistía a lo largo de las sesiones: la búsqueda del analista por encontrar el modo de dejar el lugar de extranjero para la defensa de Luisa. Bajo esa premisa en cada sesión se le preguntaba “¿cómo estás?” y se obtenía un automático e infalible “bien”, también cuando se la interrogaba respecto de si algo le gustaba o no evadía producir una respuesta que la implique en su enunciación con un tajante “no sé”.

Entre “¿cómo estás?” y “¿cómo te sientes?” no hay metonimia. Detrás de esta diferencia idiomática se esconde un uso del lenguaje a modo de shibboleth, que una vez descubierto en su valía permitió que el analista abandone su lugar de forastero en la defensa del sujeto, para atravesarla

La madre advierte que la niña está inquieta y lo relaciona con el temor al contagio del virus, también señala que en su país de origen no se utiliza la expresión “¿cómo estás?”, en su lugar se emplea “¿cómo te sientes?”. Esta precisión sorprende al analista dado que Luisa maneja los modismos argentinos de manera tal que incluso corrige a su madre en estos usos idiomáticos.

Al utilizar esta nueva fórmula emerge una nueva respuesta: al “¿cómo te sientes?” le sigue un suspiro y “es una larga historia”. Por supuesto, la clase de historia continuaba, sin embargo, a la sesión siguiente se respondía la pregunta de la semana precedente. La defensa se con-

Luisa no cede nada: ni sus dibujos ni sus opiniones.

De pronto la pandemia. La presencia del cuerpo muta a la virtualidad de la videollamada. Las clases de historia continúan. En entrevista, la

mueve, ya no logra evitar al otro, solo consigue aplazar su respuesta para calcular algo del encuentro y su consecuente afectación.

Entre ¿cómo estás? y ¿cómo te sientes? no hay metonimia. Detrás de esta diferencia idiomática se esconde un uso del lenguaje a modo de *shibboleth*, que una vez descubierto en su valía permitió que el analista abandone su lugar de *forastero* en la defensa del sujeto, para atravesarla.

Sesiones más tarde, la madre informa de la muerte de un querido familiar cercano en su país de origen. En el encuentro con Luisa ante la pregunta ¿cómo te sientes?, advertidos del *shibboleth*, ella contesta “estoy triste, no puedo hablar, te respondo la semana que viene”. Cumpliendo con su palabra en la siguiente sesión relata este fallecimiento sin que sea posible advertir emociones al respecto. Posteriormente, Luisa recuerda espontáneamente unos ositos de peluche que permanecían en su casa natal y al darse cuenta que, desprovistos del cuidado de este familiar, se perderían llora por primera vez en su análisis, se conmueve, algo tocó el cuerpo.

Una pérdida, tal vez la primera significada como tal, a la medida de Luisa, permite comprobar un cuerpo pasible de ser tocado por emociones. Creemos que esto no hubiese acontecido de esta manera sin el *shibboleth*, código que no pensamos como una invención del analista sino como una llave, producto del análisis, que dejó caer Luisa tras largo tiempo de intervenciones, una sorpresa esperada producto del deseo del analista.

1. Trabajo presentado en “Jornada Clínica 2020 La Cigarrera. Autismo/Psicosis. Dispositivos en la web”.